MÁS SOBRE RAMÓN DE CALA

Apuntes biográficos por un observador de primera y también periodista famoso.

Por rarísima excepción en nuestra Revista Gente Vieja, confeccionada exclusivamente con trabajos inéditos, teniendo en cuenta, por esta vez, la bondad del asunto y su castiza forma literaria, vamos á copiar del *Diario de la Marina*, el órgano más importante de la gran Antilla, la siguiente interesantísima carta que le remite desde Madrid su ilustre corresponsal H., corresponsal que es el *vivo retrato*, según se dice, del eminente publicista Andrés Mellado, hoy el excelentísimo señor gobernador del Banco de España y que será siempre más excelentísimo por las letras de imprenta que por las de cambio, aunque le eche una mano Urquijo.

*
* *

Ramón Cala era un hombre excepcional, que resucita con su memoria toda una época que puede llamarse la edad de oro de la democracia española. Tenía una inteligencia clara, un ingenio peregrino, una imaginación oriental, una instruc-

ción extensa y profunda y una palabra persuasiva y fogosa. Pero, sobre todo lo dicho se destacaban en él cualidades que, si hubiese vivido dentro de una fe religiosa, habría merecido los honores ó la consideración de santo. Su conciencia escrupulosa, su desinterés heroico y su abnegación sencilla y sublime llegaban hasta los límites de lo inverosímil y hasta las excentricidades de los anacoretas de la Tebaida. En su amor al pueblo y en su apostolado socialista, á veces parecía un loco pacífico, á veces un hombre sobrenatural, y confundíanse en sus actos las notas de lo cómico con los rasgos del sacrificio propio; pero ¡cuánta luz en aquella obscuridad de su vida! ¡Cuánta grandeza en la esfera humilde de la que nunca quiso salir!

Había tenido en su juventud una mediana fortuna: vino á perderla, ya por las persecuciones polícas, ya porque no sabía negar nada á los amigos. En 1869, cuando yo le conocí, era el jefe de más prestigio entre los republicanos de Cádiz: formaba un núcleo socialista, con Fermín Salvoechea, Rafael Guillén, Adolfo la Rosa y Fernando Garrido. Eran más avanzados que Pí y Margall, puesto que éste profesaba las doctrinas de Proudhón y aquéllos llegaban hasta Fourrier y tenían por bello ideal el falansterio.

Creyendo que debían dar ejemplo con sus actos, cuando vinieron á las Cortes gloriosas de 1868 vivían en una modestísima casa, sin servidumbre alguna, repartiéndose por turno los quehaceres domésticos. Habían conspirado hasta entonces, sufriendo muchas prisiones y un largo período de emigración, mas no se aquietaron con la caída del trono de Doña Isabel, sino que siguieron trabajando contra el Gobiereo Provisional, contra Don Amadeo de Saboya, y, por último, contra la República gubernamental, menos Guillén, que había sido muerto á bayonetazos en una partida insurrecta en la Serranía de Ronda.

Cala escribía y escribía maravillosamente; hablaba, predicaba y recorría todos aquellos centros donde su voz hallaba eco entre los trabajadores. Durante el imperio de la República su nombre era aclamado por la mayoría para ocupar un ministerio, máxime cuando escaseaban los hombres de prestigio indiscutible dentro de su partido. Mas apenas había barruntos de crisis, Cala se ocultaba ó huía de Madrid, escondiéndose de modo tan impenetrable que no se podía dar con él hasta que se hallaba formado el nuevo Gobierno.

Había quedado reducido á la mayor pobreza; y teniendo amigos ricos y generosos que le solicitaban con amor, brindándole casa y mesa y aun ocupación lícita y lucrativa, negóse siempre á aceptar favor alguno, y reducido á mantenerse meses enteros con el fruto de algunos artículos mal pagados, sin más alimento que un par de panecillos al día.

El año 1871 fué elegido Senador del Reino, y causó singular sorpresa ver entrar en el palacio de la alta Cámara aquel hombre de barba luenga y descuidada, de ropa raída, de demacrada faz y de figura fantástica, en cuya fealdad acentuada se destacaban unos ojos negros fulgurantes é hipnóticos y en cuyos labios vibraban palabras elocuentes y vigorosas para condenar los vicios sociales y enaltecer las teorías de imposibles utopias.

Siendo el hombre más pacífico de la tierra y de unas costumbres dulces y patriarcales, intervenía en los planes de las conspiraciones más audaces y tremendas, y hallándose dominado su carácter por una timidez innata, ocupó algunas veces el puesto de mayor peligro en las barricadas, exponiendo su pecho á los proyectiles, si bien él no hizo jamás uso de un arma.

Dos episodios de su laboriosa existencia pintan por completo, esta rara y admirable figura de nuestras épocas revolucionarias. Hallábase Cala en un periódo de terribles apuros, cosa en él frecuente, porque creía un delito aprovecharse de su celebridad política para ocupar una posición social, cuando fué llamado en una notaría á fin de comunicarle que un antiguo amigo suyo había muerto, dejándole su capital de 40.000 duros en herencia. Ramón Cala preguntó la fecha del testamento, y esta era anterior en diez ó doce años á la muerte del amigo. Entonces el favorecido expuso que, al dejarlo por heredero el finado en el tiempo en que él lo hizo, mantenían amistad leal y estrecha, pero que después habían reñido, habían mediado ofensas

impercionables entre ellos, y que estaba ciertísimo de que si el testador hubiera podido prever su muerte, habría anulado el testamento. En vano los de la curia, atónitos ante semejante actitud, le objetaron, manifestándole su perfecto derecho y añadiendo que la fortuna iría á parar á parientes muy remotos. Cala se encastilló en que un testamento debe expresar la última voluntad del que pasa á otra vida, y que á él le constaba que no podía ser la última voluntad del que había dejado de ser su amigo el declararlo su heredero; y que, por lo tanto, consideraba una estafa ó un robo recibir aquella fortuna. Y repudió la herencia y volvió á roer los mendrugos de Diógenes.

El otro suceso no es menos interesante. En los años de la restauración no había vuelto á hablarse de él, y hasta los amigos más íntimos desconocían su paradero. Después se supo por unos cuantos con dolor y con asombro. En la creencia de que el trabajo material es un deber y la principal honra del hombre, había marchado, sin decirlo á nadie, ni á su familia, á un punto de Extremadura, donde se hacían obras para una vía férrea ó una carretera. Entre el grupo de la gente desconocida que solicitaba trabajo, él lo pidió también con su pico y su pala. El contratista vaciló en aceptar á aquel jornalero de fuerzas desmedradas y constitución débil: mas adivinando una gran necesidad, lo agregó al grupo de destripa-terrones. El literato

insigne, el diputado constituyente del 1869 y del 1873, el senador del reino y ex alcalde de Jerez estuvo una temporada regando con su sudor aquel campo, comiendo la bazofia del rancho y durmiendo en míseras cabañas. Su naturaleza, acostumbrada á otro género de vida, no tardó en postrarse, y aquel sol ardiente en las llanuras secas, y aquella intemperie de las noches, le hicieron enfermar. Recogiéronlo sus compañeros y estuvo agobiado algunos días con muy alta fiebre. Creyó que iba á morir, y al verse próximo al trance fatal, comunicó á uno de los trabajadores quién era, para que diese aviso á su familia y lo enterraran con decoro. Apenas hecha la revelación cundió la noticia entre los trabajadores, que lloraban conmovidos ante aquel caso inaudito. Los agentes y empresarios de las obras se apresuraron á rodear el lecho del dolor, y lo colmaron de atenciones y cuidados hasta ponerlo en franca convalecencia. No bien estuvo restablecido, le participaron que podía contar desde luego con un sueldo respetable para trabajos de oficina, para consejos á la empresa ó cualquiera otra ocupación propia de su inteligencia y cultura. Negábase á aceptarlo, pero los trabajadores, con aclamaciones é instancias, se lo imponían. El, entonces, creyéndose agobiado por aquella merced, aguardó á las altas horas de la noche, escribió una carta dando las gracias á la Compañía y, despidiéndose de sus compañeros, descolgóse por la ventana, y huyendo á campo traviesa hasta una estación próxima, tomó asiento en un coche de tercera, que lo trajo á Madrid.

—¿Pero usted ha perdido el juicio?—le preguntaba yo al tener noticia de aquellas escenas.—¿No comprende usted que con la inteligencia y la pluma presta servicios superiores á los de un brazo flaco y á unos músculos envejecidos?

—Lo que no he perdido—me contestaba con sencillez humilde—es la dignidad. Si yo hubiera sido uno de tantos infelices de los que conmigo trabajaban, ¿se habría hecho algo en mi obsequio? No: se me habría dejado morir como á un perro, ó se me habría mandado á un hospital como carne de desecho. Por lo tanto, no ha sido á Ramón Cala, hombre ó jornalero, á quien se ha atendido y á quien se ofrece pingüe sueldo, sino á Ramón Cala, Diputado de dos Asambleas Constituyentes, Senador, etc., etc..... ¿Y puede mi conciencia transigir con que esos servicios políticos, si son servicios, y esa notoriedad relativa que debo á mis ideas, sean base de recompensa alguna? Hice bien en huir, porque de la fortuna inmerecida hay que escapar más pronto que de una desgracia peligrosa.

Era imposible calificar de locura un sentimiento tan sublime y una modestia tan altiva.

No negaré que hombres como Cala, intransigentes en todo y por todo, celosos apasionados de lo ideal, soñadores incorregibles en lo político, contribuyeron á perturbar y perder la República, hasta el extremo de que, puesta la sociedad espa-

ñola en la alternativa de optar entre los cantones, donde se hacían ensayos del pacto de Juan Jacobo Rousseau, y el sable del General Pavía, se inclinó ante el General, considerando que el orden y la paz son las primeras condiciones de la vida de los pueblos. Desconocieron aquellos grandes progandistas las imposiciones de la realidad y el mundo en que vivían: intentaron forzar el progreso por medio de saltos mortales, y cuando llegaron al poder se vieron con un país sin costumbres cívicas, sin noción de disciplina social, sin respeto á los mismos prestigios populares, y destrozándose los unos jefes á los otros con sus cohortes demagógicas, que cada día presentaban una exageración nueva en el camino de la más desatinada utopia. Bastará recordar que en unas elecciones municipales que hubo á la sazón en Madrid (verano de 1873), la candidatura de Cala fué derrotada por el tío Tachuelas y Patas de Paño, que se consideraban más avanzados que el célebre demócrata y socialista, partidario de las doctrinas de Fourrier y San Simón. Felizmente, Castelar disolvió el Ayuntamiento de los *alias* antes de que tomara posesión.

Sin embargo, el que estudie á fondo los resultados de aquellas campañas, no podrá menos de reconocer que si aquellos hombres de la idea y de la agitación revolucionaria no hicieron República, coadyuvaron muy eficazmente á hacer pueblo, á hacer ciudadanos, difundiendo la luz en las tinieblas de inteligencias que vegetaban en la ignorancia y en la servidumbre resignada.

Cuando se ve la transformación de las grandes muchedumbres que contra los primeros caudillos de la libertad gritaban "¡Vivan las cadenas!" y hoy se asocian y organizan en demanda de su emancipación y tratando de igual á igual con los poderosos de la tierra, hay que consagrar un homenaje de admiración y de gratitud en aras de la humanidad á esos seres atormentados, perseguidos y redentores, cuyos extravíos se hallan compensados con exceso por su abnegación y por el holocausto de una vida de lucha y de dolor sin consuelo.

H.